

Luis Muñoz

Vida

Los párrafos que voy a leer están abiertos. En su primera redacción los escribí para una lectura anterior en la Residencia y, desde entonces, pongo algunas cosas y quito otras, como si fueran un mueble con cajones.

El agujero por el que me colé en la poesía fue Juan Ramón Jiménez. Leerlo en el colegio supuso una reversión de la vergüenza que a veces sentía porque me afectasen tantísimo las cosas pequeñas y porque le diera importancia a lo que para casi todo el mundo parecía insignificante. A la vez, activó en mí un mecanismo emocional con respecto a la capacidad de hacer, de actuar, del lenguaje. Con sus poemas al lado, o en mi cabeza, me parecía adquirir una dimensión constantemente nueva de la realidad que estaba por debajo, o en una vía paralela y única, y que era capaz de cambiar, no solo la manera de referirse a las cosas, sino las propias cosas por el modo de referirse a ellas. Copiaba sus poemas en un cuaderno de tapas rojas, que compré en una papelería al lado de mi casa en Granada, con esa especie de pellizco aéreo que está dentro de los pasos de un nuevo camino y su efecto no hizo sino amplificarse.

De Juan Ramón Jiménez pasé a leer a Lorca. Lorca en Granada significaba un máximo de creación poética, como en otras muchas partes del mundo, pero, además, una herida dramática que cruzaba de cabo a rabo la ciudad, vislumbrada prospectivamente por Machado en su famoso poema “El crimen fue en Granada”.

Para el adolescente homosexual que yo era, Lorca suponía también el primer autor a mi alcance en el que se batía abiertamente la lucha de una toma de palabra de carácter homosexual que yo no acababa de entender bien, pero del que muchos de sus poemas albergaban una cifra. Si la necesidad de adherir a Lorca como modelo poético y vital resultaba apremiante con la conciencia de que, en el mejor de los casos, mi admiración por él solo podría derivar en una serie de pobres imitaciones devenidas de lo que quería entender como identificaciones, las primeras lecturas que hice de su obra tendían a interrogar a cada uno de sus textos acerca de la expresión de su deseo, tratando de separar los nudos de tensión entre la posibilidad y la imposibilidad de decir. Esa tirantez, que me parecía y me parece consustancial a la escritura de la poesía, y que está en la base sustantiva del lenguaje poético, adquiriría en este ámbito un carácter más social y político y, al mismo tiempo, un enérgico anhelo de realización personal. Pero, además, íntimamente fundido al hecho de la escritura, hacía que me preguntase cómo ser

Luis Muñoz

Vida

el creador de mi propia libertad, en el orden afectivo y erótico, y en el orden de la escritura de un poema, tal y como Lorca, sin duda, lo había sido de la suya.

Un hecho decisivo de mi adolescencia es el contacto directo con los libros de mi abuelo paterno. Mi abuelo fue detenido en el verano de 1936, al comienzo de la guerra civil española, por la policía, acusado de tener libros de “rojos” y, por tanto, ser considerado “rojo”, cuando sus ideas políticas eran más bien centristas, y pasó los tres años de la guerra en la cárcel condenado a muerte. Una vez liberado, por la intermediación de varios amigos, vivió con orgullo su supervivencia y la supervivencia de los libros que tapizaban su estudio, en la casa de dos plantas, patio interior y jardín con níspero de la calle pintor Velázquez de Granada. Cuando murió mi abuela, vendió la casa y se compró un piso en el mismo edificio que el nuestro. Pasaba la mitad del tiempo en las islas Canarias con una de sus hijas y nos dejaba a mis hermanos y a mí la llave de su piso para que fuésemos a estudiar. Allí estaban los libros a mi pleno alcance. Los sacaba, los abría, recibiendo el ritmo sonoro, el ritmo visual y el ritmo afectivo de sus páginas. Entre ellos, la primera edición de *Canciones* de Lorca, publicada por Litoral, la colección completa de la *Revista de Occidente* o los tomos de los *Ensayos* de Unamuno, en la edición de la Residencia de Estudiantes. Contenían, claro, toda la complejidad y el frescor, como reciente, de sus textos, y los envolvía el aire de desafío y dignidad del lector que era mi abuelo. Un lector que se realizaba, que se hacía a sí mismo, leyendo, y que no tenía aspiración literaria alguna, más allá de escribir preciosas cartas a sus amigos y familiares, como las que tuve la suerte de recibir, de una capacidad expresiva infinitamente mayor de la que era capaz cuando hablaba.

En la Universidad de Granada, donde estudié, lo más importante que me ocurrió fueron las clases de un profesor, Juan Carlos Rodríguez, que encarnaba, a la vez, dos pasiones: la pasión por la historicidad radical de la literatura, y la pasión por la densidad de la forma, por el compromiso formal de los autores. Su primera frase en clase era también la primera frase de uno de sus libros, “La literatura no ha existido siempre”, y a partir de ahí, se producía una estimulante sucesión de preguntas sobre qué podía ser, entonces, la literatura y qué podíamos ser nosotros como lectores de literatura, seguidas por una cadena de etcéteras. Una clase suya de dos horas sobre dos versos de Amado Nervo (“La niña es tan rubia que/ cuando hay sol no se la ve”) la interioricé de tal forma que, cuando pienso en ella, vuelve a abríseme el mundo.

Luis Muñoz

Vida

También en la universidad, gracias a una beca que obtuve como ayudante de la biblioteca de Románicas, empecé a leer a poetas italianos de las primeras décadas del siglo XX, en particular, Ungaretti, Montale y Quasimodo, que me mostraron una vía poética que, en cierto modo, podía conectar con Juan Ramón Jiménez, por el vínculo común con el simbolismo, pero que tenían, felizmente, sus propias dinámicas y mundos, y sus propios sistemas y procedimientos para electrizar verbalmente sin complacencia. Recuerdo haber leído lo que Ungaretti dice sobre lo que cuenta en el arte: “la paciencia, la tradición y, en realidad, el milagro”.

Los poemas que escribo desde entonces, entienden la poesía como consecuencia de la paciencia, la tradición y el milagro. También como algo que está más allá de la seriedad, por utilizar los términos de Huizinga, desenvuelta “en un campo de juego del espíritu, en un mundo propio que el espíritu se crea”.

Al terminar mis estudios en Granada, trabajé durante casi tres años en Madrid como ayudante de Rafael Alberti. Me sentía una hormiga junto a un león blanco. Leer con él en voz alta y comentar lo que leíamos era un privilegio que me superaba. Yo admiraba cada cosa que él hacía o decía. Creo que Alberti era muy consciente en ese momento de estar al filo de su vida, y me hacía confesiones poéticas y personales que yo no sabía ubicar bien. Durante el primer año, antes de que se casase, yo dormía en un cuarto situado en frente del suyo. Por las mañanas, llegaba María Dolores, su asistente, y él le recitaba coplillas aragonesas para escandalizarla, todavía en la cama. Por las tardes, preparábamos sándwiches de salmón ahumado con queso y té de jazmín, mientras él trabajaba en sus artículos, en sus dibujos, preparaba sus recitales, respondía cartas o conversábamos sobre la conveniencia de este o tal viaje, de esta o aquella entrevista. Durante las entrevistas yo me sentaba cerca, fingiendo estar haciendo otra cosa, y jugaba en silencio a adivinar las ramificaciones de las respuestas. Acertaba con mucha frecuencia.

Los poetas de cualquier época que prefiero, conforman un almacén dinámico que va, no hacia la Antigüedad, sino hacia el futuro. Un almacén dinámico a partir del cual luchar contra lo que Terry Eagleton ha señalado como “la amenaza de desbaratar la sensibilidad verbal del mundo sin profundidad, mercantilizado e instantáneamente legible del capitalismo avanzado”. Un mundo

Luis Muñoz

Vida

que entiendo, de una forma paradójicamente estimulante y productiva, como mi reverso.

De vuelta a Granada, dirigí el Aula de Literatura de la Universidad y una revista de poesía a la que llamé *Hélice*, queriendo evocar el fervor por el movimiento de las vanguardias históricas con la certeza de estar en un periodo de cambios de paradigmas. Tras casi diez años, volví a Madrid donde empecé a trabajar en esta Residencia de Estudiantes en 2001, a raíz de la adquisición del archivo de Cernuda por parte de la Residencia. Tener en mis manos los manuscritos, los libros y los álbumes de fotografías de Cernuda, que había conservado en el único periodo de su vida donde eso le fue posible (luego, como es sabido no conservó nada, tenía solo el libro que estaba leyendo y rompía las cartas que recibía), hizo que me temblaran las manos. Y no solo la primera vez, en la que no daba crédito de mi propia reacción, sino otras muchas. En ocasiones, por el cuidado que Cernuda había puesto en cada cosa mínima, por el valor supremo que le otorgaba a sus manuscritos pasados a limpio o a sus apuntes, en otras, por el rastro visual de la felicidad en su vida, tanto en las fotografías, llenas de plenitud y de sonrisas, como en el primor de todo lo suyo, en contradicción con la leyenda de aspereza y acritud, que él mismo, en cierto modo, contribuyó a fomentar.

Desde 2012 vivo gran parte del año en Iowa, donde soy profesor de la universidad. Iowa City es una comunidad de escritores perdida en el medio-oeste de Estados Unidos, rodeada de llanuras con plantaciones de maíz y soja, y granjas de madera, pero es, gracias a su densidad literaria, una ciudad “marginocéntrica”, por usar, llevándolo a este contexto, el término de Marcel Cornis-Pope y John Neubauer para algunas ciudades centroeuropeas. Una ciudad que, por sus condiciones específicas de distancia de todo, da lugar al establecimiento de una serie de conexiones estimulantes. Su aislamiento intensifica la transitividad, su lejanía anima formas intensas de proximidad sin dejar de sentir, avivándolos en un sentido fecundo, el desgaje de la soledad y la energía de la diferenciación. Allí se creó el primer programa de escritura del mundo, en los años 30, y allí se vienen congregando desde entonces numerosos escritores de distintos países. Entre los escritores de lengua española visitantes o profesores, figuran Borges, José Donoso, Juan Sánchez Peláez, Fernando del Paso, Carlos Germán Belli, Bárbara Jacobs, Augusto Monterroso, Margo Glantz y Óscar Hahn, entre otros muchos.

Luis Muñoz

Vida

Cuando estoy en España, como ahora, trato de poner en orden, y al día, los cambios que haya sido capaz de producir en mí, llevado por un principio de pugna y esperanza, dentro y fuera de la página que escribo. Hay una sección de Juan de Mairena de Antonio Machado donde se debate sobre la inmutabilidad de todo aquello que se mueve por el mismo hecho de moverse. En un momento de la discusión, uno de los alumnos, para refutar a su maestro y tratar de demostrar que el movimiento puede implicar cambios cualitativos, más allá de los meros cambios de sitio, propone la imagen de una naranja que rueda por el suelo, y que puede llegar con la corteza rota, “escachada” y, por tanto, distinta a como salió de la mano. A veces, sin saber hasta qué punto –como dice Mairena– el movimiento puede ser inmutable y el cambio inmóvil, me siento como esa naranja.

Pedro Mexia

Crecí en una casa con libros, en Lisboa. Una infancia sin acontecimientos impactantes, nebulosa, feliz. De mi juventud, poco efusiva, aún extraigo casi todo lo que escribo. Descubrí a los románticos alemanes antes que al doctor austriaco, un error que se paga caro. Estuve a punto de ser jurista, pero me salvó la inutilidad de la literatura.

Empecé a colaborar en periódicos unos años después de terminar la universidad, y ésa es mi vida, los periódicos, aunque no sea periodista y los periódicos estén llegando a su fin. Lo que más me gusta de la poesía es que es concisa y memorable. De lo que hago, los poemas son lo más importante para mí (y para nadie más).

Me gusta más la no ficción que la ficción, nunca me ha importado a qué hora salía la marquesa. Paso demasiado tiempo opinando sobre política, que es un mal necesario. Me reconocen de la televisión, lo que es un mal innecesario. Aprecio la ironía y la melancolía.

Veo el vaso medio vacío. Dicen que soy británico, a veces nórdico. En mi isla desierta tengo a Agustina, a Nemésio, a Baudelaire, a Pavese, a Eliot, a Larkin, a Wallace Stevens, a Beckett, a Chéjov, mucho cine, muchas canciones. No es una isla desierta.

*No! I am not Prince Hamlet, nor was meant to be;
Am an attendant lord, one that will do
To swell a progress, start a scene or two,
Advise the prince; no doubt, an easy tool,
Deferential, glad to be of use,
Politic, cautious, and meticulous;
Full of high sentence, but a bit obtuse;
At times, indeed, almost ridiculous —
Almost, at times, the Fool.*

(T. S. Eliot)